



ÁNGEL
VIÑAS

EL GRAN
ERROR
DE LA
REPÚBLICA

Entre el ruido de sables
y la ineficacia del Gobierno

El pronunciamiento de julio de 1936 y la guerra civil no fueron inevitables. La República pudo prevenir el golpe de estado y desarticular la conspiración que había ido tejiéndose durante años. Ángel Viñas desvela cómo los servicios de defensa interior y exterior detectaron los riesgos y amenazas de involución, pero también cómo los gobiernos de Azaña y Casares Quiroga desoyeron el ruido de sables contra la democracia. Ello permitió que permanecieran en el corazón mismo de los mecanismos de defensa republicanos elementos de la clandestina Unión Militar Española (UME), partícipes de la confabulación monárquica. Gracias a documentación procedente de una docena de archivos españoles, franceses, ingleses, italianos y belgas, este nuevo libro reconstruye tanto las maquinaciones de los futuros sublevados como, y sobre todo, el fracaso gubernamental a la hora de decapitar una conjura amparada por la Italia fascista.

A Helen, Laura y Daniel.

*There is hope after despair,
And many suns after darkness.*

In memoriam

A mis padres, Arturo y Eugenia,
que vivieron aquellos tiempos.

A José Aldomar Poveda
Julio Aróstegui,
Gabriel Cardona,
Gabriel Jackson,
Herbert R. Southworth,
Manuel Tuñón de Lara,
Miguel Ull Laita
y Cecilio Yusta Viñas,
por siempre en mi recuerdo.

Ce qui se conçoit bien s'énonce clairement.
Boileau

La sabiduría no es sino guiarse por la razón;
la estulticia, dejarse llevar por el arbitrio de las
pasiones.
Erasmus

Tout passe, sauf le passé.
Luc Huyse

*History is a process. The past and present
are always in dialogue. There can hardly
be history without revisionism.*
Hilary Mantel

*Sarcasm is the lowest form of wit,
but the highest form of intelligence.*
Oscar Wilde

Prólogo

En la historiografía académica es un lugar común afirmar que el golpe de 1936 se veía venir. En la no académica, se añade incluso que se trató de un proceso inevitable. La situación política, social y de orden público de España no admitía otra salida. Esta, aparentemente, extraordinaria coincidencia oculta una pregunta fundamental, que es la que subyace a esta obra. ¿Por qué el Gobierno no paró un golpe del que todo el mundo hablaba? Para responderla he escrito el presente libro en tiempos de coronavirus. Como pertenezco al grupo de personas de alto riesgo, no he podido consultar, o seguir consultando, como quisiera todos los archivos necesarios. Por consiguiente, a pesar de su extensión, debe considerarse en algunos aspectos como una aproximación susceptible de mejora con el acceso a una gama más amplia de documentación primaria.

En la primavera de 2019 publiqué *¿Quién quiso la guerra civil? Historia de una conspiración*. Fue un éxito rotundo. En poco más de un año se agotaron ocho ediciones. En él argumenté que quienes la quisieron fueron los conspiradores monárquicos, liderados por José Calvo Sotelo, auxiliado, entre otros, por Antonio Goicoechea y Pedro Sainz Rodríguez. Su conspiración la desarrollaron a partir de 1932 con la ayuda de Mussolini y el dinero fascista hasta que, en octubre de 1935, dieron un salto cualitativo. Prometieron al Duce que si las izquierdas llegaban al poder incluso por medio de elecciones (lo que ocurrió en febrero de 1936) ellos se sublevarían. Llevaban tiempo azuzando al Ejército a través de la Unión Militar Española (UME), que contribuyeron a poner en pie^[1]. También indiqué que el éxito de la conspiración dependió del juego combinado de ciertas

condiciones, unas necesarias y otras suficientes. Entre estas últimas destacué una de las más importantes: que el Gobierno republicano no descabezara o decapitara las maniobras subterráneas que los conspiradores habían puesto en marcha. Ahora trato de avanzar en este último tipo de condiciones.

Después de tantos años y de tantos trabajos sobre el 18 de julio y sus consecuencias, en medio de las batallas por la historia y de las guerrillas o guerrillitas por el significado del pasado que han tenido lugar en España durante los últimos dos decenios, se me había ocurrido pensar en una posibilidad. La de que llevaría a algún alzamiento de escudos la demostración documental de que el golpe militar tuvo esencialmente una inspiración y una preparación de carácter *monárquico, militar y fascista*. En el bien entendido que, en puridad, el orden cronológico induce a poner el último adjetivo en segundo lugar. No en vano la constatación documental de esta triple caracterización representa un torpedo fundamental contra la línea de flotación de una historiografía centrada, de manera casi exclusiva, en lo militar, con lo civil en papel secundario y el carácter fascista olvidado con sumo esmero. Tal historiografía es, en el fondo, una mitología que, con escasas revisiones sustanciales, se ha mantenido hasta el momento en la literatura más o menos proclive a los vencedores. En ella incluyo los desmadejados intentos de defenderla por parte de algún prestigioso historiador norteamericano cuyo nombre no es el momento de recordar.

Me dejó algo perplejo que tampoco generase ninguna reacción mi acusación contra Franco de haber mentado como un bellaco en la primera historia, oficialísima, de los antecedentes de la sedicente «guerra de liberación» y, en particular, en lo que se refería a su papel en ellos. Análoga consideración podría hacerse con respecto a la posición de la prensa monárquica de la época, v. g. el venerable diario ABC, que sirvió de multiplicador de muchas de las tesis

que los golpistas civiles y la UME propagaban fuera y dentro de los cuarteles. Siempre en coordinación con la dinámica destinada a allanar la rebelión. *Last but not least*, que pusiera en entredicho la significación, siempre cuidadosamente ocultada, que atribuí al «sacrificio» del «protomártir» del «Alzamiento», tras plantear su conexión permanente con los sumos dirigentes de la Italia fascista y los militares levantiscos.

Fui consciente de haber dejado bastantes cosas en el tintero (o sea, en el ordenador), pero, tras un accidente desgraciado ocurrido a nuestro terrier galés, Óscar, quedé libre para seguir buscando en archivos. Mientras vivió, siempre me encontré con limitaciones de viajes que soporté con agrado. No puedo emular a Pablo Neruda, que escribió un poema en recuerdo de sus perros. Sí puedo, al menos, dejar constancia del inmenso dolor que causó a toda la familia no continuar disfrutando de momentos análogos con los que había endulzado nuestra vida a lo largo de, exactamente, trece años.

Sobre los años de paz de la República se han escrito varios millares de obras. Muchas son excelentes y escritas por amigos míos o por historiadores a los que respeto profundamente. Entre ellos he de destacar aquí las aportaciones de Rafael Cruz y de Eduardo González Calleja, porque han sido quienes más de cerca han rozado el tema de esta obra.

Si ahora doy un pasito adicional hacia adelante es porque la problematización historiográfica de una veta del pasado (que es, por definición, inconmensurable) depende esencialmente de tres factores. En primer lugar, de la curiosidad del investigador. En mi caso, sin falsa modestia, puedo decir que no me falta y que he tratado de satisfacerla de la mejor manera que he podido a lo largo de los últimos veinte años, aunque ya había empezado a hacerlo antes de que falleciera Franco. En segundo lugar, de la capacidad no tanto de acumular datos y hechos sino, remedando uno de

los dichos de Albert Einstein, en el sentido de utilizar la mente con fines analíticos para situar cuestiones dentro de marcos teóricos más o menos innovadores, lo cual amplía o abre perspectivas. Aparte del desafío de forma sólida a interpretaciones extendidas, asentadas y comúnmente aceptadas, como por desgracia son todavía muchas de las profranquistas. Y, *last but not least*, de la localización de nueva EPRE (evidencia primaria relevante de época) o expansión de la ya conocida. Algo que puede lograrse o no, dependiendo del caso en concreto.

Desde estas primeras páginas el trabajo que ahora presento refuerza todas mis afirmaciones sobre el apoyo fascista que se inyectó desde fecha muy temprana en la conspiración. La decisión de Mussolini el 1.º de julio de 1936 de intervenir militarmente en España la inserto en esta obra en una línea de pensamiento del Duce y de sus más allegados seguidores que combinó tres factores: el imperialista, el antifrancés y el ideológico. Todos han sido objeto de largas discusiones en la historiografía, en particular la extranjera. En este libro incluyo referencias a trabajos todavía no recepcionados en la española para demostrarlo de manera más convincente. *España tuvo el dudoso privilegio de ser el primer país europeo sobre el cual se ejecutó una política fascista en pos de la ruptura del statu quo en los comienzos de la aproximación estratégica de Mussolini con el Tercer Reich. Pero lo hizo por invitación: Calvo Sotelo, Goiecoechea, Sainz Rodríguez, entre los civiles, y Sanjurjo, Franco y Mola, entre los militares, fueron los mayores responsables del mayor número de víctimas españolas que registra la historia de España.*

El núcleo del presente trabajo se concentra, pues, en los antecedentes de la «placidez» mostrada por los gobiernos republicanos en la primavera de 1936 al no adoptar las medidas precautorias necesarias para decapitar con eficacia la conspiración. Demuestro con nueva EPRE que, en contra de lo que en general se afirma en la historiografía, los go-

biernos de la República habían balizado perfectamente la marcha y evolución de la UME desde sus primeros momentos para subvertir al Ejército. Rindo homenaje a las figuras conocidas y no conocidas que abogaron por tomar medidas adecuadas. No se hizo demasiado o no lo suficiente. En numerosos libros de memorias se evacuaron responsabilidades. El seguimiento gubernamental, ya canalizado y encauzado en los años precedentes, se diluyó en aquella primavera tan estudiada y, a pesar de todo, tan distorsionada.

En obras anteriores, y no solo en la precedente, siempre expresé críticas a las autoridades republicanas por no haber atendido adecuadamente al problema más serio y más acuciante que existía en aquella primavera: el peligro de levantamiento de un sector del Ejército. Ahora lo explico en la medida de lo posible en función, en parte, de una mala orientación y de una defectuosa identificación del adversario. Fallos capitales en una guerra y también cuando de lo que se trataba era de evitarla.

Este libro documenta desde sus primeros capítulos la aparición y desarrollo del aparato de vigilancia que existió a caballo entre la DGS, el Ejército de Tierra y la Armada, pero en particular en los dos primeros, sobre actividades extremistas. Destacan las actuaciones todavía poco iluminadas de la denominada Oficina de Información y Enlace (OIE), en Gobernación, y de la Sección Servicio Especial (SSE), que dependía directamente del jefe del Estado Mayor Central en el Ministerio de la Guerra. Reconozco no haber prestado una atención especial al caso de la Marina, pero para mi argumentación no me parece que fue demasiado significativa. El volumen más denso que he localizado refleja el seguimiento de las observaciones realizadas por medio de redes internas a la institución militar y, en ocasiones, externas a la misma. Por lo demás, otra parte abordó también las modestas actividades de inteligencia exterior, sobre las cuales la EPRE hasta ahora existente es bastante reducida.

El resultado es que, de una forma u otra, se recopilaba información desde los soldados y suboficiales en filas hasta los oficiales, jefes y generales. Se emitían informes sobre manejos socialistas, anarquistas y comunistas, pero en su momento también sobre la UME y Falange. He de destacar que para el período más relevante de esta obra el entonces ministro de la Guerra, José María Gil Robles, jamás indicó nada al respecto en sus más que falaces memorias. Tampoco lo hicieron Manuel Azaña ni los restantes políticos republicanos de uno u otro signo, con la relevante excepción —pero escasos datos duros— de Manuel Portela Valladares.

En el anexo se reproducen varios documentos de la UME, aunque no solo de ella, demostrativos de sus tendencias ideológicas y políticas, siempre conocidas de la Superioridad, que no pudieron ignorar sus camelos anticomunistas. También se añade un largo listado de una amplia muestra de sus integrantes, tal y como fue recopilada por los servicios de seguridad republicanos. En ambos casos, los amables lectores se encontrarán con numerosas sorpresas.

Debo incorporar un nuevo, o renovado, capítulo de agradecimientos a la ayuda que generosamente me han ofrecido varios colegas y amigos. En primer lugar, el profesor Jean-Marc Delaunay, catedrático jubilado de la Universidad de París 3. En unos momentos en que hube de demorar varias veces mi viaje a Vincennes, asumió la ingrata tarea de fotocopiar todo lo que pudo para que no me viese obligado a interrumpir mi labor. Luego me acompañó en mis pesquisas. No encuentro palabras para expresar mi gratitud. En segundo lugar, el profesor Fernando Hernández Sánchez, gran historiador del PCE desde su fundación hasta los años cincuenta del pasado siglo, que me ha proporcionado con amabilidad extraordinaria extractos de las memorias de Francisco Abad Soriano y algunos de los documentos que redactó y que hoy se encuentran en el archivo histórico de tal partido. Igualmente el panfletillo editado bajo

los oscurecidos auspicios del inolvidable Ministerio de (Des)Información y Turismo. Casi todas las referencias a personajes y situaciones de la superhinchada órbita comunista que aparecen en el texto las ha mejorado y ampliado. En tercer lugar, el profesor Fernando del Rey Reguillo, que me envió algunos nuevos documentos procedentes de lo que queda del archivo del teniente general José Sanjurjo. Alguno se añade a los que, como ya advertí en la obra anterior, no había tenido tiempo de integrar en el relato. En cuarto lugar, el doctor Carlos Píriz González, que me dio a conocer la existencia de un grueso bloque de documentación del SIPM (Servicio de Información y Policía Militar franquista) en el Archivo General Militar de Ávila. Entre ella figura una gran cantidad de material relativo a la UME. Aunque una parte había sido explorada por Morten Heiberg y Manuel Ros Agudo, no lo fue la totalidad de la ya desclasificada, que Píriz llevó a cabo con gran brillantez en su tesis doctoral, leída en julio de 2019 en la Universidad de Salamanca, y que posteriormente recibió el premio extraordinario de doctorado. También debo agradecer la revisión de ciertos aspectos del tratamiento dado a los despachos de la embajada alemana en Madrid en la primavera de 1936 que me hicieron llegar los profesores Fernando Hernández Sánchez, de nuevo, y Francisco Sánchez Pérez, grandes conocedores del período, y a Sergio Millares Cantero que me proporcionase datos relacionados con manejos en Las Palmas de Gran Canaria en los que resurgiría el fantasma del general Amado Balmes, primer asesinato de Franco. El profesor Emilio Grandío ha tenido la amabilidad de remitirme varias informaciones que me han permitido perfilar mejor las referencias a la conspiración en Galicia y, por último, pero no por ello al final, el profesor Josep Puigsech Farràs ha distraído algún momento de la preparación de un curso más o menos telemático para leer el manuscrito terminado. Todavía me dio tiempo de introducir algunos de los cambios por él sugeridos.

Es de justicia reseñar que nada de lo que antecede hubiera fructificado sin la amabilidad desbordante de los archiveros competentes en Segovia, Ávila y Alcalá de Henares. Mi deuda de gratitud es inmensa con el teniente coronel director Javier Alonso Herranz y de Enrique Gallego Lázaro en el primero; con Henar Alonso, Víctor Moraleda y Julia Adrados en el segundo y con Jesús Espinosa, Juan José Villar y Marina Serrano en el tercero. En dos archivos de los mencionados el servicio a los investigadores se ha visto favorecido por la decisión de la ministra de Defensa Margarita Robles de autorizar la fotografía de documentación por los usuarios. Tal innovación la hace merecedora de la gratitud de todos. Igualmente debo expresar mi agradecimiento al coronel de la Guardia Civil y doctor en Historia Jesús Narciso Núñez Calvo y al teniente Pedro Martín Cantero por su preciosa ayuda en aclararme algunas dudas sobre aspectos relacionados con la Benemérita. Lo mismo cabe afirmar del teniente coronel Antonio Montero y del capitán Iago Sagalés, que amablemente me proporcionaron datos relativos a los conservados en el Archivo Militar de La Coruña relacionados con varias causas incoadas en la primavera de 1936. José Luis Hernández y su equipo en el CDMH de Salamanca me facilitaron en tiempo récord unos cuantos documentos que me han permitido ampliar el recorrido del capitán de la Guardia Civil Vicente Santiago Hodson, una de las figuras recuperadas en este relato. Finalmente, Javier Fernández Reina me ha remitido uno de los importantes papeles que custodia en el archivo del general José Enrique Varela, en Cádiz.

El Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona, en la persona de la señora Mercè Lázaro García, tuvo la gentileza de enviarme las transcripciones de dos conversaciones que el añorado Ronald Fraser realizó, antes de la muerte de Franco, con Pedro Sainz Rodríguez y Eugenio Vegas Latapié. Sobre ellas me llamó la atención el embajador Juan Antonio Yáñez-Barnuevo. Los dos conspiradores publicaron des-

pués sus respectivas memorias, escritas con mucho mayor cuidado y una clara prevención. Se «olvidaron» de temas esenciales. No se mostraron así en declaraciones a un eminente autor extranjero de cara a su proyecto de historia oral de la guerra civil. Leyendo entre líneas en algunas de las declaraciones de Sainz Rodríguez, aflora de manera oblicua la alusión a los contratos del 1.º de julio como ayuda previa de cara a un golpe que desembocaría ineluctablemente en guerra. Si lo que afirmó es correcto, confirma que Mussolini y su yerno Ciano se metieron en el conflicto español con los ojos bien abiertos y de forma congruente con sus objetivos.

Los nombres de los archiveros extranjeros en Francia y el Reino Unido no dirán nada a los lectores, pero su ayuda y amabilidad no han sido menos desbordantes. Sí he de mencionar, al menos, por la acogida que me dispensaron los del entonces director de los Archivos Diplomáticos de Francia y hoy embajador en Turquía, Hervé Magro, y de la subdirectora, Isabelle Richefort.

También debo expresar mi agradecimiento al embajador de España en Argel, Fernando Morán Calvo-Sotelo, gran conocedor de la parte oriental de Marruecos, por darme informaciones sobre la geografía del territorio en el que aterrizaron los aviones italianos que no llegaron a Nador. Al profesor Carlos Collado Seidel, que me aclaró alguna que otra duda. Al profesor jubilado de la Escuela Europea de Ixelles en Bruselas Ángel Millán y, de nuevo, a Fernando Hernández Sánchez, así como a Juan Carlos Losada, uno de nuestros grandes historiadores militares, les debo mucho más de lo que podría señalar por haber dedicado tiempo y energías en leer el primer borrador de la presente obra y señalarme todos los defectos de que adolecía. Por último, pero no al final, al profesor David Jorge, de El Colegio de México, que leyó una versión más avanzada de la obra, me facilitó algún título que faltaba en mi biblioteca y recorrió el texto indicando sus imperfecciones de toda ín-

dole. Por consiguiente, *debo subrayar que si el resultado final tiene algún mérito es absoluta e inexcusablemente compatible con todos aquellos que tanto me ayudaron con sus ideas y sugerencias de mejora. Los errores y omisiones son única y exclusivamente míos.*

Mi agradecimiento se hace extensivo a los servicios de las bibliotecas de la Universidad Libre de Bruselas y de mi *alma mater*, la Universidad Complutense de Madrid, en la persona de Amaya Rico Francia y sus colaboradores. Sin su apoyo hubiera tenido dificultades en el acceso a los artículos académicos que se mencionan en esta obra. También confío en que los profesores Gregorio Garzón y Francesc Granell y su esposa, con quienes comenté mis propósitos en mi última visita a Barcelona en febrero de 2020, no se sientan defraudados por los resultados de la investigación final.

La redacción última de lo que es hoy el texto empezó unos días antes de que se abriera la crisis del coronavirus. Está escrito, pues, en tiempos de turbulencia, en los que han caído muchos, demasiados, incluso algún pariente y varios conocidos. He tenido presente los versos de T. S. Eliot:

*April is the cruelest month, breeding
lilacs out of the dead land, mixing
memory and desire, stirring
dull roots with spring rain.*

No sorprenderá que, a veces, el tono sea negro, pero el tema tampoco es de los que se prestan a un discurso amable y ligero. He recordado también los versos de Rumi, que han aflorado con frecuencia en el largo intervalo de confinamiento, y los he utilizado en la dedicatoria a mi esposa y a mis hijos.

La gravedad del momento me ha impedido enzarzarme en demasiadas polémicas historiográficas, sobre todo en los pies de página, como he hecho en otras obras. No me

he resistido a hacerlo en algunos casos de émulos del excelente camelista que fue Félix Maíz. Al final, todos nos reuniremos allí donde moran las víctimas de los errores y de las ambiciones de tantos como nos han precedido. En mis escasos dardos me he guiado por las citas, muy pensadas, de autores más o menos conocidos que figuran en la primera página. Llamo la atención, en particular, sobre la última, de Oscar Wilde, para defender los sarcasmos con que, en alguna ocasión, he salpicado el texto. En particular, al referirme a los escritos que expusieron una interpretación del paisaje anterior al 18 de julio, demostrativos de la mala fe de que fueron capaces quienes sembraron la semilla de la sublevación.

Mi esperanza ha estribado en que mi trabajo pueda servir para abrir los ojos de los curiosos, españoles y extranjeros, sobre algunos de los antecedentes de la guerra civil. Los mitos que todavía abundan han marcado demasiado tiempo una literatura tributaria en gran medida de la confrontación ideológica en la guerra fría. Remito al capítulo 3 y epílogo de mi libro *La conspiración del general Franco*. Ya empezaron a recuperar una interpretación más equilibrada historiadores de los que tanto aprendí. No es de extrañar que la dedique, *in memoriam*, a Julio Aróstegui, Gabriel Cardona, Gabriel Jackson (fallecido en los albores de esta investigación), a Herbert R. Southworth y a Manuel Tuñón de Lara. A este elenco he añadido el nombre de mi primo hermano Cecilio Yusta Viñas, desaparecido en abril de 2020 a resultas de la pandemia. Con él no solo he perdido a un familiar muy querido, sino también a un historiador de la aviación española, excelente piloto, que tan eficazmente me ayudó para iluminar los recovecos, las mentiras y las desfiguraciones ocultas tras el primer asesinato de Franco, prólogo de muchos otros. En el mismo contexto, horrible, de esta devastadora pandemia, y poco antes de que este libro entrara en máquinas, ha fallecido igualmente el Dr. Miguel Ull, quien también me ayudó a despejar las incógnitas